

## Energías renovables, ecología, paisaje y sociedad humana

Josep Puig i Boix | EUROSOLAR-European Association for Renewable Energy

URL de la contribución <[www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5277](http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5277)>

La humanidad, desde que apareció en el planeta Tierra, interfiere en el paisaje. Y lo hace con cualquier actuación que emprenda: cuando se cultivan alimentos, cuando se cortan árboles para leña o para hacer cobijos, cuando se abre un camino, etc. Todo tiene una afectación sobre el paisaje. Los paisajes no son más que el resultado de la actuación de la especie humana.

La palabra paisaje proviene de la palabra francesa *pay-sage* que es la contracción de dos palabras: *pays* (país) y *visage* (rostro). O sea, que paisaje significa el rostro de un país. Pero un país, además del rostro visible, tiene otras características y funciones, a veces mucho menos visibles a simple vista.

El problema no es tanto la alteración del paisaje que pueda realizar una actuación humana, sino la alteración que dicha actuación pueda realizar sobre las funciones ecológicas que realizan los sistemas naturales que hospedan el paisaje. Demasiadas veces se miran los sistemas naturales y se ve únicamente el paisaje, en vez de ver las funciones ecológicas que realizan los sistemas naturales. Una actuación puede alterar el paisaje y mejorar las funciones de los sistemas naturales. Demasiadas veces se realizan actuaciones que se justifican para mejorar el paisaje cuando en realidad no hacen otra cosa que alterar las funciones ecológicas de los sistemas naturales.

Los paisajes reflejan también la visión del mundo que tienen las personas en cada momento histórico. La visión industrialista del mundo mira los sistemas naturales y ve solo un conjunto de cosas a explotar. Un bosque se ve como madera y leña a cortar, un río como agua a trasvasar o almacenar, un valle montañoso como un espacio para inundar con un embalse, una montaña como una fuente de materiales a extraer, etc. Esta visión del



“Viure de l’aire del cel”, primer proyecto comunitario eólico del sur de Europa materializado con las aportaciones de uns 600 personas, funcionando desde la primavera de 2018 en el municipio de Pujalt (Cataluña) | foto EUROSOLAR-European Association for Renewable Energy

mundo ha ido imponiéndose sobre las culturas rurales que han sufrido las consecuencias del llamado desarrollo industrialista.

Así la concepción de que “el aprovechamiento de la energía solar directamente sobre el terreno podría suponer un impacto paisajístico”, y que “el aprovechamiento de la fuerza del viento podría suponer un impacto paisajístico”, son concepciones propias de determinada cultura industrial urbana, que se afana por imponer, desde hace tiempo, su particular concepción del mundo sobre la concepción rural tradicional de aprovechamiento de los bienes comunes locales (dominio sobre la naturaleza *versus* cooperación con ella), haciendo ver el “paisaje” como un valor de consumo por las personas que viven en ciudad, y no un valor de uso por las personas que viven del aprovechamiento sostenible de los sistemas naturales.

El supuesto impacto sobre el paisaje se convierte pues, en la práctica, en una entelequia subjetiva, pensada por personas que están al servicio de las fuerzas sociales que quieren mantener el presente sistema energético ineficiente, sucio, no renovable y dominado por un pequeño puñado de grandes corporaciones que pretenden mantener el monopolio sobre la energía, impidiendo su democratización y para dificultar que las fuentes de energía libres, limpias y renovables, puedan convertirse en dominantes en el sistema energético de una sociedad, e incluso, puedan suministrarla en un 100 % en todos sus usos (eléctricos, motrices y térmicos).

Hoy con la tecnología disponible para la captación de la radiación del sol y de la fuerza del viento no se puede pretender que las actuaciones que se puedan realizar para su aprovechamiento se hagan sin interferir en el paisaje. Hace algunos años, cuando los aerogeneradores eran de potencias inferiores a 50 kW y sus dimensiones eran 10 metros de altura (de torre) y 15 m de diámetro (del círculo que forman las palas al girar), para disponer de una potencia eólica de 40 MW era necesario tener que instalar 800 aerogeneradores con su correspondiente ocupación superficial.

Hoy, esto mismo se puede hacer con 8 aerogeneradores de 5 MW cada uno, lo que supondrá menos ocupación superficial (pues los aerogeneradores deben estar suficientemente separados entre ellos), pero mayor visibilidad en el paisaje (pues son artefactos de mayor dimensión: palas que, al girar, forman círculos de gran diámetro y torres de mayor altura).

¿Nos podríamos preguntar qué opción es mejor? ¿Mejor para el paisaje o mejor para los sistemas naturales o mejor para la sociedad? Éstas son las cuestiones que no resuelven, ni de lejos, las burocráticas legislaciones que pretenden regular el aprovechamiento de la energía solar fotovoltaica y de la energía eólica, con criterios paisajísticos, legislaciones impuestas por algunas administraciones perezosas, pues es más laborioso analizar cada propuesta de proyecto concreto en cada emplazamiento concreto que no incluir en un decreto un texto diciendo que no están permitidos los aprovechamientos de la energía contenida en los flujos biosféricos que se manifiesta en las espacios naturales.



Aerogeneradores en la Alta Anoia, un ejemplo de compatibilidad entre la captación eólica y la agricultura | foto EUROSOLAR-European Association for Renewable Energy